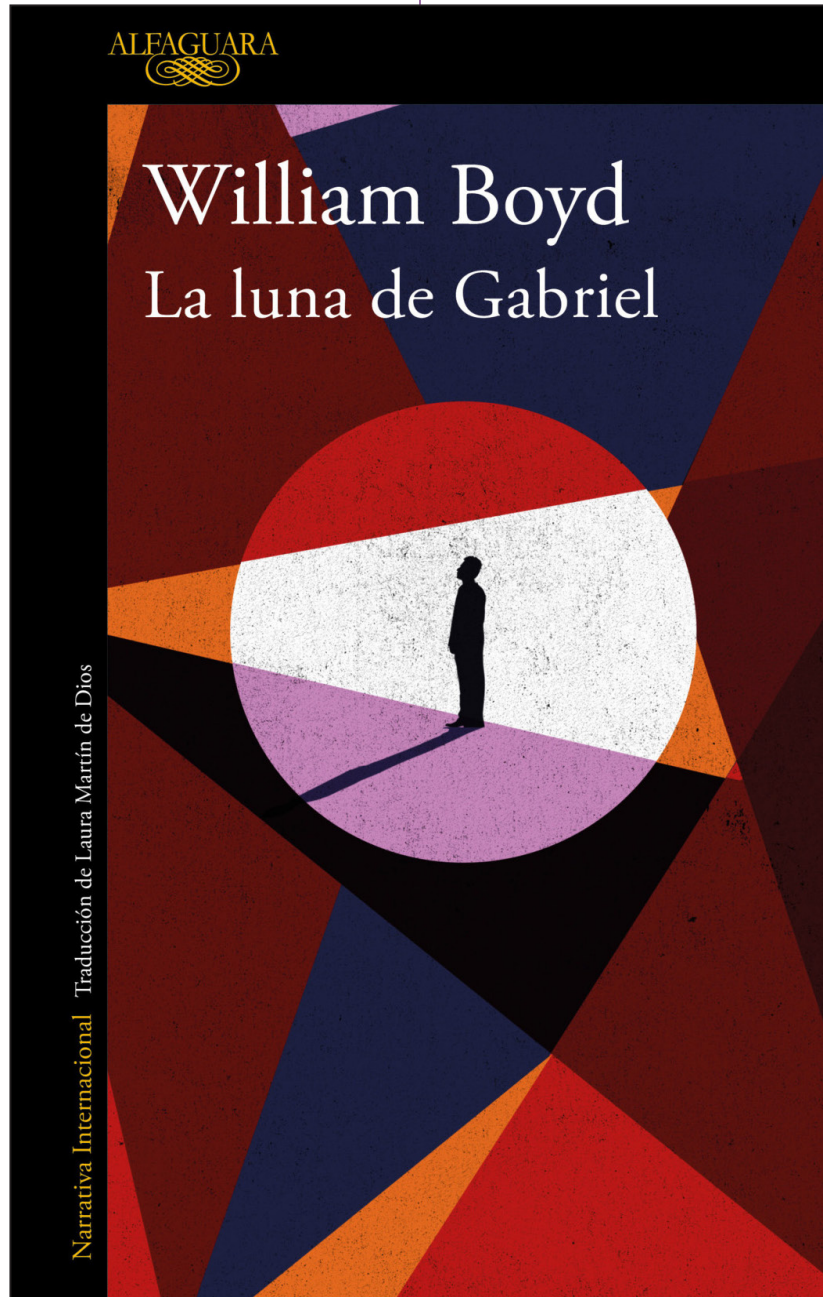




# Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

## LA OBRA

Gabriel Dax es un aclamado escritor de viajes y se pasa los días recorriendo el mundo. Sus artículos sobre los años más difíciles de la Guerra Fría hacen de él una personalidad de renombre, pero nadie sabe que vive atormentado por los recuerdos de una tragedia: cada noche sueña con la casa de su infancia en llamas y, en ella, su madre fallecida. Cuando le ofrecen la oportunidad de entrevistar a una misteriosa e importante figura po-

lítica, su ambición lo conduce hasta una red de duplicidades y traiciones, entre las que se iniciará involuntariamente como espía mientras descubre el amor.

William Boyd nos transporta de la mano de Gabriel desde las vibrantes calles del Londres de los años sesenta hasta los adoquines soleados de Cádiz, pasando por las heladas plazas de Varsovia, en un frenético y apasionante viaje de espionaje y obsesión.

## CLAVES

El polifacético William Boyd (Accra, Ghana, 1952), Caballero de la Orden del Imperio Británico, que ha firmado obras de teatro, guiones de cine y crítica de televisión; ha pintado en calidad de aficionado; ha coleccionado arte y ha escrito un amplio corpus de novelas que lo han mantenido durante décadas en la primera línea de la narrativa anglosajona, demuestra una marcada inclinación por: 1) enviar a sus compatriotas al extranjero y meterlos en apuros (de hecho, ya en su ópera prima, *Un buen hombre en África*, retrataba a un diplomático enredado en líos de lo más cómicos en la localidad ficticia de Kinjanja), y 2) jugar con el género del espionaje, siguiendo la línea de colegas británicos de enorme prestigio como Graham Greene, Somerset Maugham, John Buchan o Muriel Spark, y

más recientemente Sebastian Faulks o John Banville, quienes se han acercado a la especialidad atraídos por cuánto revela acerca de la naturaleza humana y con la idea de subvertir las reglas. William Boyd enfrentó con gran éxito las turbulentas aguas del espionaje en *Sin respiro*, y en el thriller *Tormentas cotidianas*, al tiempo que contribuyó a mantener con vida las aventuras del incombustible agente 007 en *Solo*. En sus páginas encontrábamos a James Bond, que acababa de soplar 42 velas en 1969, haciendo las maletas por primera vez para ir al África negra, en concreto a la antigua colonia británica de Zanzarim, donde, lejos de cumplir con las labores de información que se le suponían a su falso carnet de prensa, debía neutralizar al señor de la guerra Solomon «El Escorpión» Aleka.

Ambos intereses convergen ahora en *La luna de Gabriel*, donde encontramos una figura arquetípica: el individuo corriente que se ve arrastrado a una situación que lo supera y que acaba poniendo su vida en peligro. Una visita en 1960 del reportero y escritor de viajes Gabriel Dax a la convulsa Léopoldville, donde suenan los tambores de un posible golpe de Estado, plantará la semilla de su inesperada entrada en el mundo del espionaje, en principio de forma inocente —impelido sobre todo por motivos económicos y una vaga atracción sexual—, pero que irá adquiriendo complejidad, turbiedad y amenazas, así como sucesivos destinos y encargos cada vez más riesgosos. El protagonista, inmerso además en un proceso de sanación de un trauma de infancia y muy confuso en el plano sentimental, se descubrirá atrapado en un «laberinto de intrigas», abrumado por la sospecha de que sólo es un peón sacrificable y a manipular —«un tonto útil»— en un diseño cuyas ramificaciones se le escapan. Tal y como sintetiza en un momento del libro: «¿Cómo le había ocurrido todo aquello? ¿Cómo su tranquila y anodina existencia había dado aquel brusco giro?».

Además, la novela es una historia de amor atípica, o, mejor dicho, la historia de una fascinación, concretamente de Gabriel por su jefa en el MI6, Faith Green, una mujer estilosa y enigmática que parece robarle por entero la voluntad.

«Gabriel la miró. ¿Qué había en ella que le permitía hacer lo que quisiera con él? ¿Su sencilla arrogancia? ¿El que lo tratara

con una ligera condescendencia? ¿Su absoluta seguridad en sí misma?».

«¿Qué tenía Faith?, se preguntó. ¿Qué fuerza demoníaca había llevado a su vida a aquella mujer?».

Con el retrato de Green, Boyd reconfirma que se cuenta entre los escritores anglosajones que se ha metido con mayor hondura y perspicacia en la piel de personajes femeninos (recordemos, por citar un ejemplo, a la inquieta, aventurera y cabezota Amory Clay, la fotógrafa que protagoniza *Suave caricia*). Con su red de intrigas y traiciones, momentos de tensión psicológica y acción, sus dosis de romanticismo y despliegue de escenarios por todo el mundo, *La luna de Gabriel* es otra muestra del magisterio narrativo del autor, de su capacidad de secuestrar nuestra atención analizando el comportamiento humano en momentos de conflicto y transformación personal. Elogiada por compañeros de tanto relumbramiento como John Banville, Kate Atkinson, Anne Cleeves o Peter James, la obra encaja como un guante en este comentario de un periodista de *The Telegraph* que condensó las virtudes de la literatura del autor:

«Una novela firmada por William Boyd lleva implícita su propia recomendación. Uno sabe que resultará altamente competente, que su mundo estará moldeado con solidez y atención, que los personajes serán creíbles y memorables durante todo el camino. Y puedes confiar en que la trama te arrastrará con alborozo».

## PERSONAJES PRINCIPALES

### GABRIEL DAX

Intentó estudiar Medicina sin éxito y fue ayudante de su tío en una galería de arte, antes de centrarse en la escritura de reportajes y libros de viajes que le han dado prestigio. En la treintena, sigue teniendo pesadillas sobre la noche en que, siendo él un niño, su madre pereció en un incendio del que se siente culpable y por el que acudirá a psicoanalizarse. Mantiene una relación sentimental con una chica más joven con la que tiene poco en común, y un día conoce a una mujer por la que se siente fascinado de inmediato y para la que aceptará llevar a cabo un trabajo aparentemente sencillo para el MI6. Cuando no puede negarse a más encargos, su vida se sume en una espiral de peligro y paranoia. Sus dudas sobre su complicada infancia, su inestable vida sentimental, la dirección de su carrera profesional y sobre todo el sentido de su reciente reinención como espía lo convierten en una criatura muy reflexiva y llena de dilemas.

«Se dio cuenta de que empezaba a sufrir la “paranoia del espía”, como él mismo había apodado esos síntomas: buscar conexiones donde no las había, lanzar sospechas cuando no había nada de lo que sospechar, desconfiar de personas completamente inocentes y dignas de confianza. Se había contagiado. Bajó al bar y pidió un whisky largo con soda. Se fumó dos cigarrillos mientras pensaba en su vida. Debería estar en casa, en Chelsea, escribiendo Ríos, no dando vueltas por España a petición de Faith Green. Las cavilaciones sobre el piso de Chelsea le trajeron a la memoria a Lorraine y el problema que tenían en esos momentos. No podía irse a vivir con él de ninguna manera. Era imposible, por viable o sexualmente gratificante que fuera. ¿Cómo iba a solucionarlo sin herir sus senti-

mientos y sin que ella le guardara rencor? Lorraine le gustaba. Disfrutaba de su compañía. Era divertida e inteligente. Y, por descontado, le resultaba atractiva a más no poder, hasta la tumescencia. Pero no quería vivir con ella. ¿En qué lo convertía eso a él? ¿En una especie de especulador sexual, en un cabrón salido y egoísta? “Es una amiga íntima —le dijo otra voz en su cabeza—. No estás enamorado de ella. No quieres pasar el resto de tu vida con ella. Así que resuélvelo de la manera más cordial y cariñosa que puedas”. Suspiró. Problemas, nada más que problemas. En cualquier caso, se alegraba de haber vuelto con Katerina Haas. Al menos tenía a su psicoanalista, aunque seguía durmiendo igual de mal, claro, con todas esas emociones nuevas en su vida. Pidió otro whisky».

«Gabriel se preguntó si estaba siendo un tonto integral. ¿Iba a ayudar y a proteger a un espía enemigo? Sí, era lo más probable, y le daba igual. Trató de racionalizar un poco más lo que acababa de hacer, pero fue inútil. Supuso que ver a Sefton era lo que lo había dejado tan tocado, tanto que seguía sin salir del asombro total y absoluto en el que lo había sumido. Y luego vino el análisis retrospectivo, comprender con claridad que todo el mundo, especialmente Faith Green, lo había utilizado e infravalorado, lo cual había alimentado su ira. Era como descubrir un adulterio. Para el cornudo, de pronto todo cobraba un amargo e hiriente sentido al echar la vista atrás; las ausencias, las excusas, las mentiras quedaban expuestas a la luz con total inclemencia, como lo que eran en realidad. Esa claridad repentina, ese recorrido en dirección contraria de la traición, era muy humillante. Había querido devolverles la humillación de alguna manera, supuso, para saciar así su necesidad de venganza y afirmar su voluntad, y advertir a Caldwell le había ofrecido de inmediato y sin pensarlo la oportunidad perfecta. Sintió el pulso acelerado, el latido de su ira y su vergüenza. A la mierda todos ellos. Nunca más sería su tonto útil».

#### FAITH GREEN

Mujer de gran atractivo y magnetismo que trabaja para el MI6, aunque su tapadera es una organización llamada Instituto de Estudios del Desarrollo, e irrumpe en la vida de Gabriel para pedirle que le haga «un pequeño servicio»: viajar a Cádiz haciéndose pasar por marchante de arte para comprarle un dibujo a un artista y entregárselo a otra persona. Esta será la primera de varias misiones que cumplirá el protagonista, que cae rendido ante el embrujo de Green, personaje misterioso y ambiguo por el que se obsesionará.

«La mujer se dio unos golpecitos en la barbilla con el índice y apoyó la espalda contra el respaldo, absorta en sus pensamientos. Gabriel aprovechó para estu-

diarla con más atención. Llevaba un abrigo Loden verde que dejaba entrever el cuello alzado de una blusa color marfil. Rostro ovalado, atractivo, tez blanca, de cejas gruesas y sin depilar y con un surco inusualmente marcado en el labio superior que le daba el aire de estar haciendo un leve mohín, o de estar a punto de hablar, de soltar algo de golpe. Se sujetaba el pelo, liso y suelto, alborotado y largo hasta los hombros, con una cinta negra de terciopelo. «Cuarenta y pocos, quizá? ¿Diez, doce años mayor que él? Una intrigante yuxtaposición de despreocupación juvenil y belleza madura y segura de sí misma».

«—¿Qué significa exactamente “Instituto de Estudios del Desarrollo”? —preguntó.

—En la práctica, cualquier cosa —contestó Lee—. De eso se trata.

—Bueno, en esencia somos lo que llamamos “exterminadores de termitas” —puntualizó Faith Green—. Buscamos traidores, agentes dobles, empleados desleales en nuestra organización, tanto en el MI6 como en el MI5. Aquí no nos gusta la palabra “topo”. Los topos pueden estropear el césped del jardín, pero las termitas son capaces de tirar una casa abajo. Los topos no.

—Entonces ¿formo parte de algún proceso de exterminio de termitas? —preguntó Gabriel.

—Puede que sí o puede que no —dijo Faith—. Cuanto menos sepas, mejor.»

## SEFTON

Hermano mayor de Gabriel, si bien crecieron separados tras quedar huérfanos. Trabaja en el Foreign Office, aunque Gabriel sospecha que también colabora con el MI6, lo que le confiere un aura de misterio pese a que aparenta ser un hombre de familia de lo más normal, e incluso un tipo tirando a aburrido.

«Sefton y él tenían una relación extrañamente formal y no demasiado estrecha —chocaban bastante entre ellos—, pero, aun así, se veían con bastante frecuencia y hablaban por teléfono al menos una vez a la semana. A Gabriel le caía bien la esposa de su hermano, Victoria, una mujer menuda y recatada que parecía empeñada en ser lo más apocada y modesta posible, casi hasta el punto de la invisibilidad. No hacía nada por resultar atractiva, o siquiera interesante, algo que habría logrado con un poco de esfuerzo. Los hijos de Sefton y Victoria, sus sobrinos adolescentes, Nigel y Cyril, de catorce y trece años respectivamente, también lo divertían y le producían curiosidad. ¿Quién había dicho aquello de que uno de los consuelos de hacerse mayor era ver en qué se convertían los hijos de tus amigos? Los hijos de su extraño e inseguro hermano entraban en esa categoría».

«Una vez, acusó a su hermano de pertenecer al Servicio Secreto de Inteligencia, pero este lo negó jovialmente y dijo que la idea le hacía mucha gracia. “¿Al SIS? ¿Yo? No digas tonterías”. Era un funcionario del Foreign Office como otro cualquiera, nada más. “Aunque también hacemos de las nuestras, ya lo creo. Ni te lo imaginas”. Aun así, a mediados de los años cincuenta lo destinaron de manera repentina a la embajada de Ginebra, donde estuvo dos años. Se llevó a su familia con él, pero cuando Gabriel le preguntó a Victoria por la naturaleza exacta del trabajo de Sefton en la embajada, ella no supo qué responderle. “Algo de tipo administrativo relacionado con los pasaportes” fue todo lo que pudo decirle».

### KATERINA HAAS

Psicoanalista con consulta en el barrio de Hampstead a la que acude Gabriel por consejo de su médico de cabecera para que lo ayude con sus problemas de insomnio («las noches en duermevela, la cabeza embotada durante el día, los repuntes de energía y la fatiga abrumadora y repentina»). Aunque la relación no estará exenta de tirantezas, Haas conseguirá desbloquear los recuerdos enterrados de su psique, cambiándole la vida de más de una manera.

«La doctora Katerina Haas vivía en Frogmal Way, en una cuidada casita de dos plantas estilo Regencia, toda de estuco blanco y rodeada por un jardín tapiado de dimensiones considerables. Tenía una logia, aleros pronunciados y una torre redondeada con tejado cónico y ojos de buey. Gabriel empujó una verja y, en la puerta de entrada, vio una flecha que señalaba un camino de grava que daba la vuelta a la casa y conducía a otra puerta donde se leía CONSULTAS [...].

Gabriel tomó asiento y se preguntó si no estaría cometiendo un error, si no estaría tirando el dinero. La consulta inicial costaba veinte libras. Las sesiones posteriores, de una hora de duración, la mitad. Las cavilaciones de la doctora Haas no eran baratas.

Se abrió una puerta y entró una mujer alta y delgada vestida con una bata blanca de laboratorio. Tenía el pelo corto y gris, peinado hacia atrás, y un rostro anguloso y refinado. Gabriel le calculó sesenta y tantos años. Lucía unos refulgentes pendientes de brillantes y un pañuelo de seda morado en el cuello. El efecto se le antojó extraño: pragmática y, al mismo tiempo, con un toque de elegancia.

—Señor Dax, es un placer conocerlo. Soy Katerina Haas.

Gabriel se levantó. La mujer tenía un marcado acento alemán. Se estrecharon la mano y ella lo hizo pasar a su consulta. La habitación era blanca por completo, sin cuadros, y estaba fuertemente iluminada».

### KIT CALDWELL

Jefe de la estación del Servicio Secreto de la Inteligencia británico en Madrid al que Gabriel conoce en el café de Gijón de Madrid en el transcurso de su primera misión. Homosexual, extrovertido y gran conversador, conecta enseguida con el protagonista, que ignora que Caldwell guarda secretos muy peligrosos y que lo acabará poniendo en serios aprietos.

«Al alzar la vista Gabriel se encontró con un hombre de cincuenta y tantos años y un rostro demacrado y avejentado que delataba una vida de excesos. Piel moteada, arrugas profundas. Sin embargo, le sonreía con calidez. Mientras tomaba asiento, hizo un gesto brusco con la cabeza para apartarse el mechón hitleriano de pelo cano que le caía sobre la frente».

«Charlaron sobre los libros de Gabriel y sus ambiciones literarias. Caldwell sabía escuchar, era una persona culta, informada y hacía preguntas relevantes, por lo que Gabriel empezó a dudar de que estuviera tan borracho como parecía. Le cayó bien de manera automática, le gustaba su carácter taimado y subversivo y su franqueza encantadora. Y ahora sabía que había sido amante de Blanco y que era una figura destacada dentro de los servicios secretos británicos. ¿Había sido prudente decírselo a él? ¿Por qué lo había hecho? También comprendió que estaba empezando a contagiarse de la propensión a la paranoia y a la consabida desconfianza de los agentes secretos. Había llegado el momento de volver a casa».

### EL RATONCITO

De regreso de su viaje al Congo, Gabriel descubre que comparte piso con un roedor, okupa indeseado al que le declara la guerra desde el primer día, inconsciente de que su astucia no lo convertirá en una presa fácil.

«Decidió colocar más trampas para ratones en la cocina. Había leído en alguna parte que la mantequilla de cacahuete los atraía y que funcionaba mejor como cebo que el queso, así que estaba poniendo bolitas de mantequilla de cacahuete en las trampas. Las había amasado con los dedos hasta obtener unas perfectas canicas en miniatura. Así aprendería ese pequeño cabrón. Las puso contra el rodapié a ambos lados de la cocina de gas, debajo de la cual había visto escurrirse al temeroso animalillo, aunque pesaba demasiado y no había conseguido moverla para comprobar si había una madriguera.

Contempló su trabajo con los brazos en jarras. La guerra sin fin entre hombre y ratón, se dijo. Desde hacía siglos, milenios. Allí, en Chelsea, estaba escribiéndose un nuevo y pequeño capítulo».

## ESCENARIOS DE LA NOVELA

La obra de William Boyd ha destacado por una cuidada ambientación, en la que se integran con frecuencia varios escenarios en los periplos de sus personajes, a quienes la geografía, la historia, la cultura y las costumbres de los sitios que visitan marcan profundamente. *La luna de Gabriel* no es una excepción, y su protagonista está en constante movimiento. A las ciudades extranjeras que visita en su accidentado papel como espía — incluida una parada en Varsovia, lo que transporta al lector al clima turbio de la Guerra Fría— se suman las pequeñas localidades de Inglaterra en las que recala —Newbridge, Peebles, Thame y Southwold, con un breve interludio en Dublín y en el pueblecito irlandés de Mountallen— con el fin de documentarse para el libro sobre ríos que pretende escribir, o con la idea de investigar la verdad que se oculta tras el terrible incendio que acabó con la vida de su madre. Londres, lugar de residencia de Gabriel, como de su creador, es de nuevo retratado con ojo experto por el escritor.

### PEEBLES

«En junio Gabriel viajó a Peebles, el pueblo de Scottish Borders que había escogido para el capítulo sobre el río Tweed. Pasó allí una semana, deambulando por sus calles y subiendo el río hasta el castillo de Neidpath, que se encontraba medio en ruinas. William Wordsworth lo había visitado en 1803 e incluso había escrito un poema sobre el lugar. Esa zona del valle del Tweed también era terreno de Walter Scott, por lo que el río contaba con una historia literaria que podía explotar. En Peebles, las aguas eran claras, rápidas y poco profundas, del color del té. Siempre había pescadores, tanto en la orilla como metidos en la corriente con sus botas altas, pescando con mosca. Hizo fotografías, habló con el alcalde, se compró un jersey de lana azul cielo con cuello de pico en una tienda de productos a precios de fábrica, e incluso flirteó con la recepcionista de su hotel, el Tontine. Redactó un primer borrador de casi todo el capítulo mientras estaba allí y regresó a Londres con una actitud positiva y optimista».

**LÉOPOLDVILLE**

«Era un caluroso y húmedo día de agosto en Léopoldville, en la recientemente independizada República del Congo. Gabriel Dax contemplaba la orilla opuesta del inmenso y opaco río Congo, a kilómetros de distancia, con la mirada clavada en Brazzaville y en sus edificios convertidos por la lejanía y el manto vaporoso de la calima en algo genérico y amorfo, como una ciudad mítica en el fondo de un retrato renacentista. Pese al cielo azul y despejado, el río estaba teñido de color gris verdoso. El Congo era profundo; poco importaba que el cielo fuera azul celeste o de un tono plomizo, su color nunca cambiaba.

Gabriel se encontraba en el atestado bulevar que corría paralelo a los muelles, envuelto en un bullicio de feria: motores revolucionados, cláxones, gritos, silbidos. ¿Qué anchura tendría el Congo allí?, se preguntó vagamente, creyendo que podría encontrar una respuesta precisa. ¿Quince kilómetros? ¿Veinticinco? Parecía más un lago que un gran río, se dijo, observando el incesante y agitado tráfico fluvial: pescadores en estrechas canoas de madera, lanchas motoras que pasaban zumbando, lentos y pesados ferris que iban y venían entre las dos capitales, que se hallaban una frente a otra en cada orilla».

**MADRID**

«A Gabriel le gustaba Madrid —era su ciudad española favorita—, y sobre todo en invierno. Sus bulevares y amplias avenidas parecían estar hechos para los meses más fríos del año, durante los cuales una especie de agradable melancolía invadía las calles oscuras, doradas y decadentes. Parte de esa sensación respondía únicamente al cambio de escenario. Por descontado, Madrid poseía grandes plazas situadas en lugares regios, rodeadas de enormes, palaciegos y ornamentados edificios gubernamentales y comerciales y salpicadas de fuentes, estatuas y cuidados arriates de flores, pero él siempre había tenido la sensación de que la ciudad real era más furtiva, más destartada, menos grandiosa. Doblar esquinas, meterse por calles y callejas... Ahí era donde se encontraba la verdadera alma de Madrid.

Alquiló un coche en el aeropuerto, como le habían indicado, un Simca Aronde, y condujo hasta el hotel Florida, situado en el centro de Madrid, en la Plaza del Callao».

**CÁDIZ**

«Abandonó la capital a la luz difusa del amanecer. Tomó la N-IV, una de las seis grandes carreteras nacionales asfaltadas de España, según decía su guía. Madrid, Aranjuez, Toledo, Córdoba, Sevilla, Cádiz. Fue dejando atrás pueblos y ciudades célebres, parando solo para repostar. Apenas encontró tráfico, circulaban

muy pocos coches y camiones. A mediodía, se detuvo junto a la carretera —el sol estaba medio oculto tras las finas nubes que se apelotonaban en el cielo a una altitud inusual— y se comió un bocadillo de queso seco acompañado por un botellín de Coca-Cola con mucho gas. Continuó su camino con las ventanillas bajadas para sentir el aire caliente, y cruzó vastos olivares, interminables y achaparrados bosques de olivos. Junto a la N-IV había un sinfín de extrañas aldeas de chozas cónicas con tejado de paja que pertenecían a los trabajadores del campo. A veces tenía la sensación de estar atravesando África.

Cádiz. Entró en la ciudad al anoecer por la Puerta de Tierra. Trató de orientarse por el laberinto de callejuelas estrechas y mal iluminadas del casco antiguo, pero tardó bastante en encontrar el hotel El Loreto, donde se alojaba, situado en la calle Sagasta, a una manzana del paseo marítimo. Su habitación, como todas las demás, daba a un patio central adornado con una palmera alta y una enorme begonia trepadora que crecía sin control y asfixiaba el emparrado que cubría la terraza, en la que habían dispuesto algunas mesas y sillas».

#### VARSOVIA

«El nuevo proyecto urbanístico se encontraba en un lejano barrio periférico. Seis bloques de hormigón de cinco pisos, dispuestos en hileras paralelas de tres y cada uno pintado de una tonalidad pastel distinta: amarillo limón, terracota claro, azul cielo, rosa pálido, verde lima y un desafortunado morado grisáceo. Entre los bloques de apartamentos había jardines y un parque para niños. Les enseñaron un piso modelo con mobiliario sólido y funcional y una pequeña cocina con un fogón de gas y un fregadero. Sin nevera, advirtió Gabriel».

«Después de desayunar, salió del Metropól y se subió a uno de los taxis que había delante del hotel. Le enseñó la nota de Caldwell con la dirección al taxista, y este lo llevó a un barrio residencial al norte de Varsovia. Gabriel se dio cuenta de que empezaba a familiarizarse con la deslucida y monótona periferia de la ciudad. ¿Vería alguna vez el centro histórico, con el Castillo Real, la catedral de San Juan, la Barbacana y la plaza del Mercado? El taxi lo dejó en una calle de sucios edificios de posguerra. Unas cuantas tiendas, un cine y más bloques de pisos de hormigón coloreado baratos y en pésimas condiciones. La dirección que le había dado Caldwell parecía una sala de actos o una subestación eléctrica. Un edificio alto, cuadrado, sin adornos y con pocas ventanas. Se fijó en el tráfico constante de personas que entraban al lugar. ¿Sería de verdad una clínica dental?».

## PSICOANÁLISIS

*La luna de Gabriel* puede entenderse como un viaje tanto físico como mental: a los encargos que llevan al protagonista a viajar por el mundo, poniendo en riesgo su cordura y su vida, se suma la inmersión en recuerdos de infancia que ha bloqueado y distorsionado, y de cuya correcta lectura dependerá que pueda hacer las paces con su doloroso pasado y supere sus problemas de insomnio. En un momento como los años sesenta, cuando la especialidad no estaba muy extendida en Inglaterra y despertaba muchos más recelos que hoy, la novela defiende los beneficios del psicoanálisis en lo relacionado con la técnica de la anamnesis, un proceso clínico que busca «eliminar las hipótesis falsas con las que ha convivido, los recuerdos falsos» y buscar «una especie de memoria “real”, una que le resultará convincente», tal y como le explica a Gabriel Katerina Haas.

Dado que la terapeuta graba las sesiones que luego envía a sus clientes, Boyd inserta el formato de la conversación en la novela.

«DRA. HAAS: Ay, la memoria. La memoria es la más voluble de las capacidades

y cualidades humanas. La más mendaz y artera. La más desastrosa, en ocasiones. Nuestros falsos recuerdos son como ficciones, pueden destruirnos.

GABRIEL DAX: Lo sé. Anamnesis. Hechos anteriores a los recuerdos. Hechos que estimulan recuerdos... Recuerdos que hemos olvidado que tenemos. Le agradezco que me haya ofrecido esa otra perspectiva, doctora Haas. Lo digo de verdad.

DRA. HAAS: Bueno, se hace lo que se puede. Para eso sirve el psicoanálisis, por mucho que se burlen de nosotros. Para ayudar a la gente, al menos a veces. ¿Duerme mejor?

GABRIEL DAX: Pues la verdad es que sí... Desde hace unos días, desde que parece que soy capaz de recordar lo que ocurrió. Sigo soñando con pequeños fuegos que arden por todas partes, pero ya no me alteran de la misma manera, no me aterran. No me despierto a todas horas como antes. Y si me despierto, me vuelvo a dormir. Un avance increíble.

DRA. HAAS: Bueno, en ese caso, creo que hemos hallado una especie de cura, por así decirlo. Ha sido una experiencia interesante».

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿De cuántos géneros literarios diríais que participa *La luna de Gabriel*?
2. ¿Qué recursos clásicos de la novela de espías maneja el autor (por ejemplo: el engaño y la manipulación)?
3. Al mismo tiempo, William Boyd ha declarado que le gusta subvertir un poco el género, romper con algunos de sus clichés. ¿Sabríais citar algún ejemplo de ello en *La luna de Gabriel*?
4. La novela está ambientada en los años sesenta, cuando la tecnología y el modo de viajar eran muy diferentes a los actuales. ¿Cómo determina esto la trama?
5. ¿Cuántos elementos del carácter y la personalidad de Gabriel pensáis que vienen marcados por la trágica pérdida de su madre?
6. Pese a su reticencia inicial a colaborar con el MI6, ¿qué creéis que en última instancia convierte a Gabriel Dax en un buen espía?
7. Desarrolla el concepto de «tonto útil» que se repite en la novela.
8. ¿Pensáis que la subtrama de cómo el protagonista intenta cazar al ratón que se esconde en su domicilio encierra alguna lectura simbólica?
9. ¿Cómo explicaríais la mezcla de fascinación y sumisión del protagonista a todos los deseos de Faith Green? ¿El enamoramiento lo justificaría por sí solo o creéis que hay algo más?

10. ¿Diríais que las sesiones con la psiquiatra Katerina tienen un efecto directo sobre las decisiones de riesgo que toma el protagonista al final de la novela?
11. El libro trabaja con muchas incógnitas al mismo tiempo. Señalad las más destacables y cómo las gestiona el autor para mantener la atención y las expectativas del lector.
12. Boyd ha ambientado sus novelas en numerosos rincones del planeta. ¿De qué modo consigue reflejar en pocas páginas la personalidad de lugares como Madrid, Cádiz o Varsovia en *La luna de Gabriel*?
13. ¿Creéis que el autor suministra pistas suficientes para saber si la muerte de Sefton se corresponde con la visión oficial del suicidio o con las sospechas de asesinato de Gabriel?
14. El ámbito de las revistas de investigación y el mundo editorial han cambiado mucho desde las décadas en que se ambienta la novela. ¿Cuánto de lo que se apunta sobre ellos resultaría inviable hoy en día?
15. ¿Habéis detectado algún guiño a obra anteriores del autor, por ejemplo en términos de escenarios o personajes femeninos fuertes?

## EL AUTOR



© Trevor Leighton

**WILLIAM BOYD** nació en Ghana en 1952 y pasó gran parte de su infancia en el oeste de África. Es autor de catorce novelas, entre las que destacan *Un buen hombre en África*, *Como nieve al sol*, *Barras y estrellas*, *Las nuevas confesiones*, *Playa de Brazzaville*, *La tarde azul*, *Armadillo*, *Las aventuras de un hombre cualquiera*, *Sin respiro*, *Solo*, *Suave caricia*, *El amor es ciego* y *Trío* (todas ellas publicadas por Alfaguara). También ha escrito libros de relatos, un ensayo, una biografía y guiones para cine y televisión. Ha sido galardonado, entre otros,

con los premios Whitbread First Novel, Somerset Maugham, John Llewellyn Rhys, James Tait Black Memorial, Jean Monnet, Costa Novel of the Year y el Yorkshire Post Novel of the Year. Es miembro de la Real Sociedad de Literatura británica y Oficial de la Orden de las Artes y las Letras francesa. En 2005 fue nombrado Caballero del Imperio Británico. Hoy en día divide su tiempo entre el suroeste de Francia y el barrio londinense de Chelsea. *The Predicament*, continuación de *La luna de Gabriel*, es su última novela hasta la fecha.

## DECLARACIONES DEL AUTOR

---

«Al crear a mis personajes, incluido Gabriel Dax, me gusta reflejar que todos somos imperfectos, inseguros y propensos a vernos superados por las circunstancias. Mis criaturas no son héroes en sentido clásico, sino seres humanos, con todo lo que ello implica, y tiendo a meterlos en líos que los ponen a prueba. La cuestión de fondo es siempre la misma: ¿saldrán adelante o sucumbirán?».

«Tengo una teoría para explicar por qué tantos escritores británicos nos hemos dedicado, total o parcialmente, a la novela de espías. Creo que el mundo del espionaje es, en realidad, una representación más dramática y a mayor escala de lo que en el fondo supone la condición humana. Todos hemos traicionado a alguien. Todos le hemos mentado a alguien. Todos hemos cambiado de identidad para obtener algo, ya fuera durante un minuto, una semana o más tiempo. Entendemos de forma instintiva lo que lleva a cabo un espía, aunque los riesgos que afronta sean mucho mayores que los nuestros. De aquí que de todo el abanico de literatura de género a disposición de los autores serios —romance, ciencia ficción, *cozy crime*—, la novela de espías haya sido la que les ha resultado más atractiva».

«Creo que uno de los aspectos que hicieron que me divirtiera tanto escribiendo *La luna de Gabriel* —y que espero que transmita cierto encanto a los lectores— es que aborda la esfera del espionaje en los años sesenta. En consecuencia, hablamos de un mundo todavía analógico. Por entonces, si querías realizar una llamada, debías encontrar una cabina. Viajar llevaba más tiempo, igual que concertar una cita. Hoy en día el espionaje consiste básicamente de vigilancia electrónica. Tener a un agente sobre el terreno se me antoja mucho más excitante».

(Declaraciones extraídas de [www.crimereads.com](http://www.crimereads.com))

## LA CRÍTICA HA DICHO

«Uno de los más grandes de su generación».

*El Confidencial*

«Boyd siempre tiene algo de ligero y portentoso. Algo tan sencillo de admirar por su complejidad».

Rodrigo Fresán, *ABC Cultural*

«Las horas del día son mejores cuando lo lees».

José Carlos Llop

«Te mantendrá completamente enganchado hasta la última página».

Erica Wagner, *Financial Times*

«Una novela maravillosamente tejida sobre espionaje, [...] meticulosamente documentada y de lectura inagotable».

John Banville

«Una narración magistral».

*The Guardian*

«A la altura de las grandes novelas de espionaje de la última generación».

*San Francisco Chronicle*

«Una lectura apasionante».

James Walton, *The Spectator*

«Al igual que John le Carré [...], Boyd, crea personajes complejos, tanto emocional como psicológicamente, muy parecidos a los dramas que los envuelven».

*The Wall Street Journal*

«Combina, al igual que Robert Harris y John le Carré, una escritura excelente con una narración absolutamente fascinante».

Kathryn Bromwich, *The Guardian*

